

SHIRLEY MANGINI

Resistencia a la memoria y memorias de resistencia

En el primer tercio del siglo XX en España, la población femenina sufría en silencio su estado de analfabetismo, la falta de derechos humanos y medios económicos, y su condición como bestias de carga y máquinas de reproducción. En las clases media y alta de la capital, sin embargo, la educación de la mujer había empezado a mejorar. Las instituciones que ofrecían la carrera de magisterio comenzaron a proliferar. En 1918, el Instituto Escuela —que era coeducacional— apareció en Madrid bajo el mando de la Junta para la Ampliación de Estudios.¹

En este ambiente, algunas mujeres lograron romper «el techo de acero» del patriarcado como, por ejemplo, las de la Residencia de Señoritas, establecida en 1915 en Madrid. Inspirada en el krausismo que predicaban los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Señoritas era la contrapartida del hervidero cultural madrileño dominante en los «felices 20»: la Residencia de Estudiantes. La mayoría de las mujeres que vivían en la «Resi» de Señoritas estudiaba en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio puesto que, como dijo su fundadora, María del Maeztu, «costumbre y ley estaban de acuerdo en dejar la educación primaria en manos de mujeres principalmente.»²

Ya por los años 20, las residentes tuvieron el lujo de tener *role models*, un fenómeno casi sin precedencia en España. Además de

Maeztu —una mujer sumamente enérgica y la pedagoga más importante en el primer tercio del siglo— había otras que servían de inspiración a las residentes. Enseñaban allí mujeres «visibles»³ como María Goyri, una de las primeras que recibieron un doctorado en España. Daban conferencias la dramaturgo María Lejárraga (María Martínez Sierra), la abogada Clara Campoamor, la escritora Isabel Oyarzábal (de Palencia), la poeta Concha Méndez, y varias profesoras norteamericanas que estaban vinculadas al *Internacional Institute*, ubicado en Madrid.

Se abrieron las puertas de la Academia de Jurisprudencia a las mujeres en 1920; este acontecimiento significó la primera entrada de abogadas en el mundo político. Aunque fue un esfuerzo minoritario, podemos ver que paulatinamente, estas mujeres «visibles» empezaban a impactar de diversos modos en el destino de la población femenina de la clase trabajadora.

De todas las organizaciones políticas para mujeres al principio del siglo, la que trató las cuestiones más peliagudas fue la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME).⁴ A pesar de que fuera dirigida por mujeres de la aristocracia conservadora, favoreció causas liberales. Trataron los temas del aborto, del derecho de la mujer a tener puestos en los tribunales y las universidades (hasta entonces inaudito), de derechos salariales, y subvenciones para la publicación de literatura escrita por mujeres. En 1926, Maeztu, apoyada por otras intelectuales, estableció el Lyceum Club Femenino en Madrid. A pesar de constantes comentarios de misoginia histórica, las llamadas «locas» que promovieron sus actividades —Oyarzábal y la abogada Victoria Kent, entre ellas— crearon un centro cultural donde las mujeres con intereses culturales pudieron reunirse.

Estas organizaciones sirven para subrayar el hecho de que se había empezado a oír la voz de la mujer en el sector público. También reflejan la fermentación política y cultural de los últimos años 20, cuando la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía obsoleta habían llegado a ser los blancos de crítica constantes. La subversión

contra la rigidez con que la iglesia controlaba el mundo pedagógico y cultural estaba en el aire. Estas mujeres activistas en el escenario político y cultural pensaban que si España pudiera deshacerse del yugo del monolito conservador, ellas podrían romper las barreras patriarcales que les habían prohibido la entrada libre en el sector público como intelectuales.

María Teresa León, con cierto júbilo ante estas posibilidades, describe la actitud de las entusiastas del Lyceum Club en su espléndido *Memoria de la melancolía* :

"Por aquellos años comenzaba el eclipse de la dictadura de Primo de Rivera. En los salones de la calle de las Infantas se conspiraba entre conferencias y tazas de té. Aquella insólita independencia mujeril fue atacada rabiosamente. El caso se llevó a la sublevación de las faldas. Cuando fueron a pedir a Jacinto Benavente una conferencia para el Club, contestó, con su arbitrario talante: «No tengo tiempo. Yo no puedo dar una conferencia a tontas y a locas.» Pero otros apoyaron la experiencia, y el Lyceum Club se fue convirtiendo en el hueso difícil de la independencia femenina. (...) Eran los tiempos en que por las calles madrileñas corría la subversión y la burla. La caprichosa monarquía de entonces sostenía a su dictador jacarandoso para cerrar el paso a algo que se avecinaba. El Lyceum Club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se había propuesto adelantar el reloj de España".⁵

Margarita Nelken, una feminista que luego sería una de las congresistas más contróvertidas durante la República, ya había escrito un libro en los primeros años veinte sobre la «desoladora» situación de la mujer española.⁶ En 1927, publica un libro titulado *En torno a nosotras*; es un diálogo entre dos mujeres jóvenes, unas de las cuales expone sus teorías sobre la igualdad de los sexos. Además de proponer al principio del libro que «el hombre es un déspota, y la mujer una esclava,» insistía en que la mujer actuara en contra de la desigualdad.⁷ Una socialista valenciana, María Cambriis, publica en 1925 otro documento que reclama la libertad de la mujer.⁸ La rebelión

femenina no sólo estaba en el aire; estaba en las mentes y los escritos de las que se atrevían a cuestionar la falta de derechos humanos para la mujer.

Al mismo tiempo, cientos de mujeres estaban escribiendo y publicando sus obras literarias en Madrid. Trabajaban también en otros medios artísticos, como la pintora Maruja Mallo, cuya primera exposición decoró las paredes de las presitigiosas oficinas de la *Revista de Occidente*. Muchas de las mujeres que escribían entonces como León misma, Ernestina de Champourcín, Concha Méndez, Carmen de Burgos, y María Lejárraga, habían concedido el protagonismo a sus maridos. En el caso de León, se quedó en la sombra de la llama albertiana; lo mismo se puede decir de Champourcín, casada con Domenchina, y Méndez, mujer por aquel entonces de Manuel Altolaguirre. Lejárraga era uno de los casos más escandalosos; no existía como escritora porque firmaba con el nombre de su marido Gregorio Martínez Sierra. Carmen de Burgos fue ensombrecida por su amigo Ramón Gómez de la Serna. Hasta de María Zambrano, tanto como de Rosa Chacel, no se hablaba sin atribuirles «la ansiedad de la influencia» del «maestro» Ortega y Gasset. Olvidadas por los años del exilio más tarde, fueron doblemente ignoradas por su «incompatible condición» de ser mujeres e intelectuales.

Periodistas como Oyarzábal, Margarita Nelken, Josefina Carabias, Mercè Rodoreda y María Luz Morales —que llegó a ser la redactora principal de *La Vanguardia* en Barcelona en 1936— desaparecieron de la memoria colectiva de los españoles. También se puede decir lo mismo de las muchas dramaturgos que producían sus obras, como Pilar de Valderrama —famosa como la «Guiomar» de Antonio Machado— y otras muchas escritoras que proliferaban en los años 20 que vivían de la pluma.

1931 marcaría un hito en este movimiento hacia la visibilidad de las mujeres en el primer tercio del siglo XX. Con la llegada de la República, las alianzas forjadas en los 20 se estaban haciendo más

fuerzas. Las mujeres redoblaron sus esfuerzos y como nunca en la historia de España hasta hoy día, lograron no sólo introducir temas y causas femeninas importantes, sino que también empezaron a efectuar cambios.

Clara Campoamor fue la más destacada al ser elegida parlamentaria en 1931. Su labor en favor del sufragismo femenino consiguió el voto de la mujer (fue apoyada por María Lejárraga, pero no por las otras «visibles»⁹). Sin embargo, a Campoamor se le atribuyó la culpa de que ganara el gobierno reaccionario de Lerroux en 1933 porque habían votado mujeres.¹⁰ Margarita Nelken, que empezó como pintora, y luego fue crítica de arte, comenzó a trabajar por un socialismo feminista. Desafortunadamente, también se truncó su brillante carrera política por hechos históricos y personales.¹¹ Federica Montseny logró lo inaudito: fue nombrada Ministra de Salud en 1936, la primera mujer en el mundo con un puesto ministerial en aquella época.¹² Victoria Kent, parlamentaria y directora general de prisiones, trató de modernizar el sistema penal; incluso hizo construir una prisión «modelo», Ventas.¹³

Fue en esta época también cuando Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», llegó a Madrid, cobrando importancia como activista y portavoz para el Partido Comunista. Apoyada por la escritora Irene Falcón, en 1933 fundó la organización Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que durante la guerra, se llamaría Mujeres Antifascistas.¹⁴ En Barcelona, una joven activista, Teresa Pàmies, mostró la libertad que empezaron a experimentar las mujeres politizadas. A la edad de 17 años, era corresponsal, propagandista y oradora para la Unión de la Juventud Socialista Catalana. Pàmies ha contado estas experiencias en su obra autobiográfica, *Cuando éramos capitanes*.¹⁵

Matilde de la Torre, congresista en el breve gobierno del Frente Popular en 1936 y la famosa «Hildegart», con su prodigioso cerebro a los 17 años¹⁶ asistieron a la Primeras Jornadas Eugénicas Españolas celebradas en Madrid en 1933. De la Torre denunció las únicas posibles vivencias de la mujer: o «maquina reproductora» o víctima

de la abstinencia sexual. Hildegart Rodríguez abogaba por la limitación de la natalidad, siempre reclamando la sexualidad como parte importante de la vida de la mujer.¹⁷ Dos años antes, Rosa Chacel había escrito un artículo sumamente importante que criticaba al maestro Ortega (en su propia revista) y otros pensadores europeos por apoyar la teoría de la inferioridad intelectual de la mujer.¹⁸

Todas estas empresas políticas llevadas a cabo por mujeres «visibles» en los años 30 son únicas en la historia española. Por supuesto, fueron recibidas por la población masculina con mucha resistencia. Objeto de constantes burlas en las Cortes (especialmente Campamor), eran también víctimas de escrutinio en cuanto a sus vidas personales. Sobre todo las mujeres que no llevaban vida «normal» (casada y con hijos) como Victoria Kent, eran los blancos de la resistencia masculina.

Afortunadamente, eran indomables en sus «escandalosas» convicciones. A pesar del «techo de acero» al cual se enfrentaban estas mujeres, las victorias de cada una de las «visibles» en el campo político o intelectual pudieran haber significado una permanente liberación de la mujer y un mejoramiento general para la sociedad más pisoteada. Las tiranías causadas por la sobrepoblación, el analfabetismo, etc., pudieran haber sido lentamente erradicadas si las reformas empezadas por los patriarcas liberales —la reforma agraria y la secularización de la educación sobre todo— hubieran sido complementadas por las reformas propuestas y, en algunos casos, impuestas, por las mujeres "visibles". Hubo, en efecto, algunos esfuerzos oficiales como la creación del Patronato Catalán de Protección a la Mujer por el Presidente de la Generalitat, Lluís Companys. Pero esa ola de liberalismo que bañó España desde 1931 fue un experimento fugaz, acabando en el estallido de la guerra civil en 1936.

Las mismas mujeres que habían sido protagonistas en el mundo cultural y político de los 20 y 30 estaban en la vanguardia de la resistencia al comienzo de la guerra. Sobre todo estaban visibles en el sitio de Madrid en noviembre de 1936, cuando Montseny, Pasiona-

ria y Nelken hicieron una campaña por radio, inspirando a los ciudadanos a resistir, para que «no pasarán» las tropas de Franco. Juntas con Pasionaria y Falcón en Mujeres Antifascistas, militaban Kent, Oyarzábal, Constanza de la Mora y María Lejárraga, entre ellas.¹⁹

La escritora Lucía Sánchez Saornil y la abogada Mercedes Comaposada fundaron la organización Mujeres Libres al ver que las mujeres anarquistas necesitaban agruparse para romper «con la esclavitud de su sexo y de la reproducción.»²⁰ Fue el único movimiento auténticamente feminista durante la guerra, y las células más concurridas estaban en Cataluña por la fuerte adhesión al anarquismo allí.

En cuanto a la movilización cultural en función de la «causa», María Teresa León fue una catalizadora asombrosa. Secretaria de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en Madrid, activista comunista, fundadora de las Guerrillas de Teatro, entre sus labores, esta «miliciana» de la cultura fue la promulgadora más infatigable de la empresa «causa y cultura» durante la guerra.

Estos esfuerzos empezaron a dar fruto en la clase trabajadora. Evidentemente, las guerras crean un ambiente enrarecido; en el caso de la guerra civil española, el «relámpago» de libertad que experimentaron las mujeres proletarias se debe, en gran parte, a que los hombres se tuvieron que ausentar. Estas mujeres, cuyos cuerpos habían estado vigilados por padres, hermanos, novios, maridos y curas, para proteger el «honor» del patriarcado, de repente salieron a la calle solas. Rápidamente se movilizaron bajo la dirección de las líderes; aprendieron a hacer los trabajos de los hombres, a manejar dinero, a tratar a la gente en la calle. Lograron un *empowerment* que jamás habían experimentado; sus nuevas responsabilidades les habían proporcionado dignidad y confianza en sí mismas que les permitieron realizar tareas de gran envergadura.

En 1939 los nacionalistas ganaron la guerra con la ayuda de los «intervencionistas» nazis. Las mujeres activistas perdieron dos guerras: la civil y la de su sexo. Tenemos el caso de las milicianas

que fueron al frente al principio de la guerra. Ellas, más ostentosa-mente políticas que las otras activistas, fueron las que más sufrieron los abusos de la policía de Franco, en algunos casos, la tortura y el paredón. Sin embargo, tuvieron parecidos destinos muchas mujeres movilizadas que trabajaron en la retaguardia: las que producían abastecimientos para las tropas, las que ayudaron a esconder o dar de comer a los que lucharon por la República y las que participaron en la revolución que brotó al principio de la guerra. Todas luego fueron marcadas como «putas» o «zorras» rojas. En el mejor de los casos, sufrieron exilio y silencio, o un exilio interior y un silencio todavía más profundo.

Estas mujeres heroicas produjeron una España distinta durante los estados de sitio en Madrid y Barcelona, y también en las ciudades de provincia y en los pueblos. Aunque hubo unas 50,000 mujeres en Mujeres Antifascistas y la Unión de Muchachas, y 20,000 en Mujeres Libres y otras miles de activistas no afiliadas, después de la muerte de Franco el recuerdo de ellas era todavía fantasmal en España. La memoria colectiva de las miles de mujeres activistas —las visibles y las invisibles— continuaba cómodamente suprimida. Cuando yo preguntaba por la actuación de las mujeres en la guerra en 1985, casi siempre me decían lo mismo: que la única activista de la guerra era Pasionaria.

Los historiadores, desde luego, ignoraban a casi todas menos a ella, la mayoría aún hacían caso omiso de mujeres tan destacadas como Montseny, Kent y Nelken. Si mencionaban a las milicianas o a otras activistas, era casi invariablemente para hacer una referencia a su promiscuidad o crueldad durante la contienda.²¹ Ya en 1985, sin embargo, existían varias colegas que habían emprendido el viaje en busca de datos sobre el destino de esas mujeres silenciadas; buscaban entre las miles de cajas de papel que se podían encontrar en los archivos clandestinos creados por la policía de Franco en la inmediata posguerra. También ya habían salido algunas de las obras más claves de las «voces solitarias de testimonio colectivo»²² —por ejemplo, las de Tomasa Cuevas, que valientemente iba por España

recogiendo testimonios de sus correligionarias encarceladas que todavía vivían,²³ o las de Soledad Real, Juana Doña, Angeles García-Madrid, todas publicadas después de la muerte de Franco.²⁴

También existían las memorias escritas durante la guerra o desde el exilio por las mujeres más «visibles» que se habían salvado del calvario que sufrieron las que no pudieron salir del país. Pienso en *Mares en la sombra* de Matilde de la Torre, que cuenta del valor de las mujeres asturianas en el frente.²⁵ Tenemos obras tan espléndidas como la ya citada de María Teresa León desde su exilio en Buenos Aires, la autobiografía de la aristócrata convertida en comunista, Constanza de la Mora. *Cuatro años en París*, de Victoria Kent, describe su angustiada vida en París durante la ocupación nazi.²⁶ Y no se pueden olvidar las de Federica Montseny, cuatro tomos de narrativa donde narra su odisea por Francia y la de los miles de otros errantes españoles.²⁷

Hay muchas otras *memory texts*²⁸ que en su conjunto tejen una red histórica que ha puesto fin al estatus fantasmal de todas las mujeres que, desde principios del siglo hasta la guerra civil, lucharon por crear un mundo mejor para la población femenina. Por fin la resistencia a la memoria que sufrieron durante tantos años estas mujeres, las visibles y las invisibles, ha terminado. Veinte años después de la muerte del dictador que puso fin a su «caza de brujas», por los esfuerzos reunidos de activistas y sus cronistas, podemos apreciar lo que vivieron esas mujeres, restaurándoles su nobleza y valentía en nuestra memoria colectiva y en los anales de la historia del siglo XX.

notas:

1. En Barcelona, el Institut-Escola de la Generalitat iba a ser una de las escuelas más progresistas en España.
2. «The Higher Educacion of Women in Spain,» conferencia no publicada, p.

6. Archivo de la Residencia de Señoritas, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.
3. Me refiero a las mujeres que tenían prominencia en aquel entonces en comparación con las «invisibles», las mujeres proletarias que obrarían sin reconocimiento durante la guerra civil y que serían silenciadas después.
4. ANME formaba parte de la Junta del Consejo Supremo Feminista que también incluía La Mujer del Porvenir y La Progresiva Femenina de Barcelona, la Liga para el Progreso de la Mujer y la Sociedad Concepción Arenal de Valencia. Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1976, p. 204.
5. María Teresa León, *Memoria de la melancolía*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1970, p. 311.
6. Margarita Nelken, *La condición social de la mujer en España*. Barcelona: Editorial Minerva, 1921.
7. Margarita Nelken, *En torno a nosotras*. Madrid: Editorial Paez, 1927, p. 7.
8. María Cambrils, *Feminismo socialista*. Valencia: Tipografía «Las Artes», 1925.
9. Véase Shirley Mangini, *Memories of Resistance. Women's Voices from the Spanish Civil War*. New Haven: Yale University Press, 1995, sobre este tema.
10. Véase Clara Campoamor Rodríguez, *El voto femenino y yo: Mi pecado mortal*. Barcelona: LaSal, Ediciones de les Dones, 1981.
11. Nelken había estado embrollada en el asunto de Castilblanco en 1932, cosa que le causó muchos problemas en la esfera política. También el hecho de que la consideraban una «libertina» por no esconder sus amores del público contribuyó a su fracaso político.
12. Antonina Rodrigo, *Mujeres de España. Las silenciadas*. Barcelona: Plaza & Janés, 1979.
13. Ventas, era una cárcel de mujeres; irónicamente, languidecieron allí de

unas 10 a 14 mil mujeres castigadas por el franquismo a partir de 1939.

14. Esta época de su vida está contada en su autobiografía, escrita en 1962. Dolores Ibarruri, *El único camino*. Madrid: Editorial Castalia, 1992.

15. Teresa Pàmies, *Cuando éramos capitanes*. Barcelona: DOPESA, 1974.

16. Hildegart (Rodríguez) fue una activista política y escritora desde los quince años; terminó la carrera de leyes a los 17 años. En el mismo año de estas jornadas, fue víctima del parricidio a manos de su madre. Véase el prólogo de su libro, *La rebeldía sexual de la juventud*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1977.

17. Enrique Noguera y Luis Huerta, eds., *Genética, eugenesia y pedagogía sexual*. Madrid: Javier Morata, 1934.

18. Rosa Chacel, «Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor,» *Revista de Occidente*, n. 92, 1921, pp. 129-180.

19. Para más información obre de la Mora, consulte su autobiografía: *Doble esplendor*. Madrid: Ediciones Grijalbo, 1978

20. Citado en *Mujeres Libres: España, 1936-1939*, Barcelona: Tusquets Editor, 1975, p. 73.

21. Por ejemplo, véase uno de los «clásicos» libros sobre la guerra, Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*. New York: Harper & Brothers, 1961.

22. Véase Mangini, *Memories of Resistance*.

23. Tomasa Cuevas Gutiérrez. *Cárcel de mujeres*. Vol. I y II. Barcelona: Ediciones Sirocco, 1985. *Mujeres de la resistencia*. Barcelona: Ediciones Sirocco, 1986.

24. Consuelo García. *Las cárceles de Soledad Real*. Madrid: Ediciones Alfabuara, 1982; Juana Doña. *Desde la noche y la niebla*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1978; Angeles García-Madrid. *Réquiem por la libertad*. Madrid: Copiasol, 1982.

25. Matilde de la Torre. *Mares en la sombra*. París: Ediciones Iberamericanas «Norte», 1940.

26. Victoria Kent, *Cuatro años en París (1940-1944)*. Buenos Aires: Sur, 1947.

27. Federica Montseny. *Cien días en la vida de una mujer*. Toulouse: Ediciones Universo, 1949; *El éxodo, pasión y muerte de los españoles en el exilio*. Barcelona: Galba Ediciones, 1977; *Jaque a Franco*. Toulouse: Ediciones Universo, 1950. *Seis años de mi vida (1939-1945)*. Barcelona: Galba Ediciones, 1978.

28. Utilizo este término para hablar de todo tipo de memoria escrita y testimonio transcrito. Véase *Memories of Resistance*, pps. 53-66.

bibliografía:

CAMPOAMOR RODRÍGUEZ, Clara. *El voto femenino y yo: Mi pecado mortal*. Barcelona: LaSaf, Edicions de les Dones, 1981.

CHACEL, Rosa. «Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor», *Revista de Occidente*, n. 92, 1931, pp. 129-180.

CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa. *Cárcel de mujeres*. 2 vols. Barcelona: Ediciones Sirocco, 1986.

Mujeres de la resistencia. Barcelona: Ediciones Sirocco, 1986.

DOÑA, Juana. *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1978.

GARCÍA, Consuelo. *Las cárceles de Soledad Real*. Madrid: Editorial Nacional, 1946.

GARCÍA-MADRID, Angeles. *Réquiem por la libertad*. Madrid: Copiasol, 1982.

HILDEGART. *La rebeldía sexual de la juventud*. Prólogo de Eduardo de Guzmán. Barcelona: Editorial Anagrama, 1977.

IBÁRRURI, Dolores. *El único camino*. Madrid: Editorial Castalia, 1992.

KENT, Victoria. *Cuatro años en París (1940-1944)*. Buenos Aires: Sur, 1947.

LEÓN, María Teresa. *Memoria de la melancolía*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1970.

MANGINI, Shirley. *Memories of Resistance: Women's Voices from the Spanish Civil War*. New Haven: Yale University Press, 1995.

MONTSENY, Federica. *Cien días en la vida de una mujer*. Toulouse: Ediciones Universo, 1949.

El éxodo, pasión y muerte de los españoles en el exilio. Barcelona: Galba Ediciones, 1977.

Jaque a Franco. Toulouse: Ediciones Universo, 1950.

Seis años de mi vida (1939-1945). Barcelona: Galba Ediciones, 1978.

MORA, Constanca de la. *Doble esplendor*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1978.

NASH, Mary. *Mujeres Libres: España. 1936-1939*. Barcelona: Tusquets Editor, 1975.

NELKEN, Margarita. *En torno a nosotras*. Madrid: Editorial Paez, 1927.

La condición social de la mujer en España. Barcelona: Editorial Minerva, 1921.

NOGUERA, Enrique y Luis Huerta, eds. *Genética, eugenesia y pedagogía sexual*. Madrid: Javier Morata, 1934.

PÀMIÉS, Teresa. *Cuando éramos capitanes (memorias de aquella guerra)*. Barcelona: DOPESA, 1974.

RODRIGO, Antonina. *Mujeres en España: Las silenciadas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1979.

SCANLON, Geraldine. *La polémica feminista en la España contemporánea*